

Juan Valera, observador de la vida brasileña

M.^a de la Concepción Piñero Valverde

A pesar de la pérdida de muchas cartas, lo que se conserva del epistolario escrito por Juan Valera en el período de su estancia en Río de Janeiro (1851-1853) es suficiente para que se vea en esas páginas uno de los puntos altos de la creación del novelista. La afirmación podrá sorprender a los que suelen pensar que en las cartas remitidas poco más tarde, durante la misión a Rusia, se encuentra el *nec plus ultra* de Valera como correspondiente. Pese a su indiscutible mérito literario, las páginas que relatan el viaje al antiguo imperio de los zares no parecen superiores a las escritas desde Río de Janeiro.

De hecho, en las cartas de Brasil, además de la comicidad y del finísimo humorismo, se nota algo particular. Es que en Río de Janeiro, Valera, que hasta entonces casi sólo por la poesía se había aventurado en el campo de las letras, se descubre también escritor en prosa. Esto ocurre, en gran parte, gracias a la inteligente atención del principal de sus destinatarios, un amigo y también escritor. Es Serafín Estébanez Calderón quien percibe en las líneas de Valera la extraordinaria *vis cómica*, es él quien la aplaude generosamente y quien estimula al joven diplomático a expandir su visión divertida del mundo y de los hombres para transformarla en fuente de creación artística. Al leer las primeras cartas de Valera –todavía concentradas en la descripción del pequeño mundo donde vivía, la Legación española en Brasil– Estébanez Calderón en seguida se da cuenta de que en su autor se esconde un posible continuador de los grandes maestros de la prosa española. Mucho más tarde, ya en los últimos años de su vida, al escribir una novela de ambientación brasileña, *Genio y figura* (1897), don Juan la hará girar en torno a un personaje central –Rafaela– en la que son fácilmente reconocibles trazos de la picardía de algunos antecesores clásicos.

De importancia singular, por lo que representa en la evolución del escritor, el epistolario «brasileño» de Valera se muestra también, como se decía, comparable a las cartas que redactó en Rusia. A las grandes

figuras cómicas de este último epistolario pueden acercarse figuras como la del atolondrado Delavat, la del ingenuo criado gallego, la del charlatán Adadus Calpe, la de Jeannette, madura y seductora *ex-prima donna* francesa, y tantas otras, que hacen de este epistolario una obra maestra en su género.

En las cartas de Río de Janeiro, como en general en todos sus escritos, Valera se revela estilista por vocación y escritor castizo. Se había formado en la lección de los clásicos castellanos, a los que pronto añadió los portugueses, para él también representantes de la mejor tradición literaria de la que se consideraba heredero. La formación de Don Juan, sin embargo, no sólo no le impide recurrir a la lengua corriente y coloquial como, por el contrario, lo estimula a avivar y enriquecer su prosa por medio de vocablos del sabroso español popular de su Andalucía natal. Se observan asimismo trechos de sus cartas donde se emplea la lengua portuguesa, ya sea para reproducir con mayor verosimilitud situaciones vividas en Brasil, ya sea para ejemplificar el trabajo de poetas brasileños, de los cuales Valera, poco más tarde, sería uno de los primeros divulgadores en Europa con su pionero estudio *De la poesía del Brasil* (1855).

Son muchos, por consiguiente, los motivos que pueden llevar al lector a aproximarse a las cartas que escribió Valera durante su permanencia en Río de Janeiro. Pero sería arriesgado buscar en tales páginas un dibujo fiel del Brasil decimonónico. No debemos olvidar que esos textos presentan tendencia fantástica y cómica: tomarlos como tentativa de retrato imparcial sería desconocer lo que en su epistolario afirma el mismo autor. Admirado ante los objetos que se le presentaban en un escenario de opulencia tropical, Valera confiesa la atracción que sobre él ejerce lo que va contemplando: son objetos nuevos los que sus ojos ven y fascinada «la imaginación los engrandece y ensalza»¹.

Efectivamente, en estas cartas, como en otras páginas de Valera, prevalece una «mirada deformadora», como bien advirtió el crítico Manuel Bermejo Marcos². Mirada deformadora, nacida de una aguda percepción de los más sutiles aspectos de lo cómico, como se ha dicho. «En todas las cosas, hasta en las más serias,» —es el mismo Valera quien así habla— «veo yo algo de ridículo y me aflijo sobremanera»³.

¹ Juan Valera, *Correspondencia, vol. I: 1847-1861*, Leonardo Romero Tobar (org.), Madrid, Castalia, 2002, p. 178 (13/2/1852) Edición aquí citada como JV-C.

² Manuel Bermejo Marcos, «De las inimitables cartas de Don Juan Valera», *Serta Philologica* F. Lázaro Carreter, II, Madrid, Cátedra, 1983, p. 132.

³ JV-C, p. 240 (4/8/1853).

Con ojos fantasiosos y burlescos, pues, encaraba personas y cosas el joven escritor, quien con sinceridad confiesa al amigo Estébanez Calderón: «no cuento, por lo general, sino burlas, pudiendo tocar varios puntos graves, y hasta poéticos, en honra del Brasil»⁴. Por esto mismo, al estudiar ese período de su vida, José Landeira Yrago llama la atención sobre el proceso que va solapando la seriedad de las afirmaciones de Valera, quien «atenúa con un matiz de ironía e ingenio cuanto dice negándole última seriedad»⁵.

Conviene aún notar que el Brasil hacia el que se dirige la mirada del autor es un Imperio que insiste en inspirarse en lo europeo. Es el Brasil de los que pretendían reconstituir en los trópicos la vida de las viejas cortes y gobernar según los dictámenes del *Times* londinense.

Continuar en América las tradiciones de Europa: la monarquía brasileña llevaba así adelante el proyecto de su antecesora, la dinastía portuguesa. Efectivamente, como se sabe, para huir de las invasiones napoleónicas, la familia real portuguesa había cambiado Lisboa por Río de Janeiro, y transformado la ciudad brasileña, entre 1808 y 1821, en sede del Imperio portugués. La independencia de Brasil, en 1822, rompió la unión política con la antigua metrópoli, pero mantuvo los lazos dinásticos: en ambos tronos reinaban príncipes de la casa de Braganza.

En seguida nota Valera que el sistema monárquico brasileño está lejos de ser popular: quienes lo sustentan son burócratas y negociantes recién promovidos a aristócratas. Pero tampoco le falta a este sistema una dosis de realismo. La monarquía brasileña se afirmaba como propuesta política alternativa y autónoma en un continente donde iba prevaleciendo la gran república norteamericana. Agudamente observa Valera los intentos de predominio norteamericano, y así escribe al Solitario: «Yo también creo, como Vuestra Merced, que el águila de la Unión ha de tender su vuelo por todo este hemisferio»⁶.

La clave para la interpretación de este fascinante y contradictorio Brasil imperial la encuentra Valera en la misma familia que lo hospedó durante casi tres años. Allí convivían tradiciones del viejo mundo que tenían que adaptarse a las realidades del nuevo continente. Hablamos de la familia de Don José Delavat y Rincón, ministro de España

⁴ *JV-C*, p. 207 (9/3/1853).

⁵ José Landeiro Yrago, «El Río de Janeiro que vivió Don Juan Valera», *Revista de Cultura Brasileña*, n.º 31, mayo, 1971, p. 102.

⁶ *JV-C*, p. 232 (12/7/1853).

en la corte de Pedro II. En la casa de Delavat es donde Juan Valera encuentra el punto privilegiado de su «mirada deformadora» de la sociedad brasileña. Fue allí donde el futuro novelista empezó a desarrollar la plena capacidad fantástica de su prosa y donde tuvieron inicio las metamorfosis que lo llevarían a crear su imagen literaria del Brasil y de los brasileños.

Al contrario de lo que podría parecer a primera vista, la casa de Delavat estaba lejos de ser un ambiente extranjero. De hecho, el ministro servía como diplomático en Brasil desde tiempos anteriores a la Independencia: «Es de notar –dice Valera– que mi jefe hace 35 años que vive en el Brasil»⁷. En Río de Janeiro se había casado con una brasileña de distinguida familia del Imperio: Doña Isabel de Almeida Arêas, hermana del futuro barón de Ourém, José Carlos de Almeida Arêas, diplomático y amigo personal del Emperador. En la vida doméstica, la lengua usual era la portuguesa. Tanto que, muchos años más tarde, ya casado con Dolores, la hija de Delavat, Valera así le escribía desde la corte de Viena: «La Archiduquesa Estefanía me ha parecido muy bien, y mucho mejor aún la Archiduquesa María Teresa, que es una Braganza, hija de D. Miguel, y con quien podrás hablar portugués»⁸.

No es de extrañar que prevaleciera el portugués en la casa del ministro. Don José se veía obligado a convivir con los parientes de su mujer, y en lo tocante al uso de la lengua local, como en otras cuestiones, el matrimonio Arêas no transigía. Recordemos una de las cartas más sabrosas y burlonas de Valera en la que cuenta la comida que Delavat ofreció a sus suegros. Si la intención fue buena, desastrosos fueron los resultados. El viejo Arêas se irritó con lo que le parecía indebida exhibición de formalidad extranjera en una comida diaria brasileña y exigió, perentoriamente, que cesasen las «imposturas». El servicio de mesa se haría con la sencillez de siempre, a comenzar por el atuendo de los criados. Éstos deberían quitarse el frac, bajo pena de retirada inmediata de los suegros del ministro. Valera no deja de registrar –en buen portugués– las palabras conclusivas de la catilinaria del iracundo huésped: «“em consequência d’isto” –son las palabras textuales– “ou o homem tira a casaca, ou eu vou jantar a minha casa; não gosto d’imposturas”»⁹.

⁷ *JV-C*, p. 179 (13/2/1852).

⁸ Juan Valera, *Cartas a su mujer*, ed. De Cyrus DeCoster y Matilde Galera Sánchez, Córdoba, Diputación Provincial, 1989, p. 25.

⁹ *JV-C*, p. 196 (12/2/1853).